



UNIVERSIDAD DE
ALCALÁ

DOCTORADO
«**HONORIS CAUSA**»

DEL EXCMO. SR.

D. JUAN VAN-HALEN ACEDO

Paraninfo, 4 de febrero de 2002

DISCURSO DE INVESTIDURA

PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SR. D. JUAN VAN-HALEN ACEDO

POESIA: RAZON DE VIDA

Anadie habrá de sorprender que me acoja a don Miguel de Cervantes en el inicio de mis palabras en este acto. Aquel atribulado alcaalino que, acaso sin esperarlo y sin pretenderlo, acertó a concebir un universo tanto de su tiempo como del nuestro, y por eso viene siendo contemporáneo de todos los que fueron paridos después de él, dejó escrito que había que considerar la gratitud entre los placeres. Él, que en vida tanto habría para quejas y tan poco para gratitudes, me señala con piedra de pedernal que debo gozar el placer de la gratitud esta mañana. Gratitud al Departamento de Filología que en su día hizo la propuesta del alto honor que hoy recibo. Gratitud a la Junta de la Facultad de Filosofía y Letras, que la aprobó. Gratitud a la Junta de Gobierno de la Universidad que generosamente la acogió. Gratitud a la profesora doña Dolores Cabañas, que en su *Laudatio* ha medido mis méritos desde la amistad más que desde la justicia, cayendo en el pecado de la exageración, que tanto apreciaba aquel ser excesivo y grande que fue Ramón Gómez de la Serna. Dios le perdone el pecado, pues nace de la generosidad que es cosa buena en casa de los justos. Gratitud, en fin, al Excmo. y Magnífico Sr. Rector, Profesor don Manuel Gala, en quien deseo personificar tantos afectos, tantas cercanías de las que he sido y soy destinatario, y que desembocan, como río de desprendimientos y generosidades, en este viejo Paraninfo.

Juan Carlos Onetti recordó un día aquellas sibilinas palabras del viejo Heráclito: "Si no esperas, no te sobrevendrá lo inesperado". Nadie piense que me refiero a lo inesperado, aunque lo sea, de mi incorporación al ilustre Claustro

de esta histórica Universidad. En los tiempos que corren, lo inesperado es ese río de desprendimientos y generosidades a que antes aludí. No tengo más equipaje de vida, de amor y de poesía que el que tengo. Vicente Aleixandre, que tanta paciencia derramó en aquellas tardes de Velingtonia, 3 entre los jóvenes poetas que acudíamos a él con temblorosos versos en nuestros cuadernos, escribió en su discurso de ingreso en la Real Academia algo que pudiera parecer obvio: “El poeta es el hombre”. Sí, el poeta es el hombre y no más que eso. Y nada menos. Superada con creces la mitad del tiempo, uno piensa, también con nuestro contemporáneo don Miguel de Cervantes, que las ansias crecen y las esperanzas merman. Por todo ello, mirándome al alma, he de pesar este acto en los quintales de vuestra largueza y no en mis magros y livianos merecimientos. Quisiera encontrar esas machadianas “pocas palabras verdaderas” para expresar lo que en esta pobre reflexión se encierra, pero desisto del intento de buscarlas y dejo en el aire, cogida por los alfileres de la sinceridad, esa única palabra placentera que cobija uno de los sentimientos más hermosos que al hombre le es dado sentir: “gracias”.

Camilo José Cela, que se nos ha ido sin avisar, él que tanto despreciaba la improvisación, y que durante cuarenta años me regaló los dones de su amistad, dijo desde esta misma cátedra, recordando el *Persiles*, que no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo lo parezca. Por ello deseo no estirar mi intervención más allá de lo razonable, pues no se ajustaría a razón, después de haber sido diana de tanta bondad, abusar de vuestra paciencia.

Esta es, si la memoria no me hace trampas, y ya sabemos con Luis Buñuel que la memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestro sentimiento y nuestra acción, y que sólo cuando comenzamos a perderla acertamos a valorarla justamente, la cuarta vez que hablo en este Paraninfo, entre los muros ornados por tantos nombres que acongojan. Las dos primeras veces supusieron hitos gozosos en mi vida: la recepción de la Medalla de la Universidad, y el nombramiento de Socio de Honor de la Asociación de Amigos de la Universidad. La tercera acogió una lectura de mis versos, dentro de un ciclo que tuve el honor de coordinar con mi amigo el poeta y profesor don Emilio Sola. Pero esta ocasión de hoy me ofrece el singularísimo honor de alzar mis palabras desde esta vieja e ilustre cátedra en la que tan altas voces se han aventado. ¿Cómo no sentir el peso de esta púrpura etérea pero, al cabo, bien cierta? Resulta inevitable que en este momento no piense en la gloria propia, hartamente escasa, sino en las glorias ajenas, en las merecidas famas que aquí tuvieron su cobijo. Y, en especial, en la nómina de amigos y admiraciones vividas, ya con tantas bajas, que desde aquí mismo alzaron el regalo de su palabra.

Pienso en ellos, y me pesan como un fardo hermoso. En Dámaso Alonso, siempre presente con su cariño en el chalet, ya derrotado, de Alberto Alcocer.

En Gerardo Diego, que presidía desde un silencioso magisterio la tertulia del Café Gijón de mis veinte años, silencio rasgado por su finísima ironía y su gracia a menudo ignorada por muchos. En Jorge Luis Borges, en Buenos Aires y en Madrid, que te medía desde el sarmiento de sus manos y te escudriñaba, yo sé que era así, desde sus ojos de sombra. En Luis Rosales, hombre cabal como ninguno, lector de mis versos con indulgencia plenaria. En Rafael Alberti, tan generoso, en Roma, en Madrid, en El Puerto, marinero de tantos destierros, que derramó siempre su cercanía en el odre atónito de mi admiración. En Antonio Buero Vallejo, que me apoyó, siendo yo tan joven y él ya tan sabio, desde su estatura de hombre que no conocía el rencor. En Camilo José Cela, que se decía mi tío de provincias, permanente valedor mío desde su tantas veces reconocida simpatía por mi antepasado el conspirador decimonónico a quien había biografiado Baroja, su admirado cascarrabias. En José Hierro, entrañable siempre, del que he aprendido tantas cosas y acaso no la menor de ellas que el poema nace del dolor. En Francisco Umbral, que un día hace, ay, casi cuarenta años, me llevó a la tertulia de los poetas del Café Gijón y allí me hizo sitio a su diestra –ya entonces estar a su siniestra no era fácil–, y con el que tanto bregué por un entrañable Madrid en el que no habían crecido aún esos gigantes de hormigón y cristal, pero en cuyos rincones se derramaba la ternura. En Derek Walcott, Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras por esta Universidad, subvirtiendo su lengua, domándola y al tiempo liberándola, aquel que dejó escrito “un hombre que ha conocido los desiertos, cree en los pozos”, que viene a ser lo mismo que decir que un hombre que ha conocido la tiranía cree en la libertad. Y en José García Nieto, que no pudo ya, ensimismado en las nubes de la enfermedad, en un universo de infancias, ocupar físicamente esta cátedra y habló a todos por voz vicaria.

Ellos ocupan los primeros mi emoción esta mañana. Pero quisiera dedicar unos minutos por menudo, de entre todos ellos, a José García Nieto, con quien tanto quise. A García Nieto le dediqué mi primer librito de los diecinueve años, y durante largo tiempo –si es que el tiempo tiene más medida que la que le aporta la emoción y la autenticidad con la que se consume –, el tiempo que discurre desde mis dieciocho años hasta su muerte, que no marca su fallecimiento sino su primera muerte, la que supuso el cornalón sobre su cerebro, nuestra relación fue para mí un sostenido regalo. Sobre García Nieto, con motivo de su ingreso en la Real Academia, con motivo de su Premio Cervantes, con motivo de su desaparición definitiva, se apilaron juicios y prejuicios, a veces crecidos desde el estereotipo, el sesgo o el desconocimiento. Merecen ser recordadas aquí por su limpieza las palabras de Pere Gimferrer: “Aquella revista fue ejemplar (se refiere a “Poesía Española”, fundada y dirigida por nuestro poeta). Todos tuvimos allí cabida: los transterrados y los de la península, los periféricos y los de Madrid, los ilustres y los desconocidos”. Cuenta Gimferrer cómo García Nieto le publicó en “Poesía Española” un poema que habría de figurar años

más tarde en su fundamental "Arde el mar", y considera que al publicarlo dio muestras de "generosidad y audacia".

Generosidad y audacia son dos notas que cuadran perfectamente con la trayectoria vital, con el talante humano y poético de José García Nieto. Siempre me he negado a aceptar que se oculte la realidad de una obra tan rica y tan amplia como la de nuestro poeta tras el velo fácil e injusto de "garcilasista", de "oficialista" o de "sonetista", todo ello esgrimido, a menudo, como descalificación. La trayectoria, la visión de conjunto de la poesía de García Nieto, muestran al lector su capacidad de enriquecimiento formal y temático, su evolución sin quiebros ni saltos en el aire. En 1966 García Nieto publica "Memorias y Compromisos" y asume –sin renuncias– un paso en su obra que resultaría injusto desconocer. Aquella entrega poética prueba su audacia y, en lo que a mí respecta, además, su generosidad, ya que fui elegido por el poeta para presentarla, desde mis poco más de veinte años, lo que ya era una decisión audaz.

En "Memorias y compromisos" incluyó aquel poema estremecedor, titulado "1936-1939", que con tanto afecto recordaba, con motivo de la muerte de García Nieto, Víctor García de la Concha. El poeta contestaba así a quienes le acusaban de "evasionismo". Escribe:

"Yo sé lo que es el miedo, y el hambre, y el hambre de mi madre, y el miedo de mi madre;
yo sé lo que es temer la muerte, porque la muerte era cualquier cosa, cualquier equivocación o una sospecha; (...)
Yo sé lo que es enfermar en una celda, y defecar entre ratas que luego pasaban junto a tu cabeza por la noche...
¿Qué me decís ahora los que creíais que sólo me han movido a cantar los lirios de un campo imaginario, y la rosa de papel, y la novia como Dios manda...?
¿Qué me decís los que me vísteis pronto limpio y peinado, como un niño que quiere llegar con puntualidad al colegio sin que nadie adivine el estrago de su corazón familiar? (...)
Gracias, Señor, por haberme dejado sin heridas en el alma y en el cuerpo, por haberme dado la salida sin odio,
por no tener lista de enemigos, ni lugares donde llorar por el propio desamparo..
Yo sé lo que es amor; de lo demás no sé."

Y el poema de García Nieto continúa hasta su final con tan firme y bello aliento.

En 1943 apareció bajo su dirección el primer número de la revista "Garcilaso", que dejaría de publicarse en 1946; una existencia de tres años

escasos que tendría una repercusión que no cabe velar. En la nómina de sus colaboradores figuraron poetas reconocidos ya entonces y nombres nuevos que conseguirían brillo posterior, de acá y de allá, de esta o la otra adscripción: Juan Ramón Jiménez, Manuel Machado, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Carmen Conde, Rafael Morales, Leopoldo de Luis, José Hierro, Carlos Bousoño, Gloria Fuertes, José Luis Cano, Enrique Azcoaga, Enrique Llovet, Carlos Edmundo De Ory. Conservo la colección de "Garcilaso" y el índice de sus colaboradores evidencia la actitud tolerante, abierta, de su director, si no nos hacemos esa trampa en el solitario que supondría aplicar la mirada de principios del siglo XXI sobre el paisaje de principios de la década de los cuarenta.

En 1952 se publicó el primer número de "Poesía Española", cuya segunda época se iniciaría en 1957. García Nieto abrió también aquellas páginas a todas las tendencias y a todos los nombres, como testimonio desde su experiencia Gimferrer. García Nieto no entendió nunca la poesía como exclusión, y su atención a los poetas jóvenes es comúnmente reconocida. Otros se instalaron en el anatema, la capilla o el clan, otorgando o retirando credenciales y calificaciones poéticas a su gusto o acomodo. José García Nieto nunca lo hizo.

Ciertamente García Nieto fue un gran sonetista, acaso durante mucho tiempo nuestro primer sonetista, y a veces esta condición se ha aventado como un reproche. En una carta al poeta ("Cartas Literarias", Barcelona, Bruguera, 1977), Juan Ramón Jiménez escribía sobre "Sonetos por mi hija": "¡Qué hermosos son! A veces me pregunto ¿en qué nos aventajan los llamados clásicos a nosotros? ¿En qué bellezas han ido más cerca de la belleza esos clásicos? Sonetos como esos suyos, el segundo, el cuarto, todos ¿no son como los de Garcilaso, Lope, Góngora, Quevedo, Calderón, o mejores, más enteramente mejores...?" Aún no hace mucho me sorprendí —mi capacidad de asombro es cada vez más escasa— ante algún juicio crítico que para alabar justamente el libro "Memorias y compromisos", escribía: "donde por primera vez (...) renunció a tanto soneto y tanta décima, para utilizar un versículo noble, bien musculado, fuerte de dicción y de sentido", como si el soneto no fuese verso noble, y no estuviese bien musculado, y no fuese fuerte de dicción y de sentido, cuando el poeta lo consigue arbolarse magistralmente como es el caso de los sonetos de García Nieto.

El soneto es el gótico de la poesía, y no debe sorprender que asuste a endebles arquitectos del verso. Muchos huyen del soneto como el ratón del gato probablemente porque alguna vez se han enfrentado a él y les salió cojitranco. No me fío de los hoy no escasos adversarios del soneto. Que enseñen por debajo de la puerta la patita de uno, que se vea si son capaces de conseguir escribir uno aceptable, y que luego denuesten el soneto lo que quieran. Si no, que callen para siempre. El soneto es intemporal; no pasa. Ocurre que hay

poetas que no llegan. Carlos Murciano, otro gran sonetista, proclama: "Sonetos, todavía. Y siempre." Además, García Nieto alcanzó enorme aliento en el verso libre, en poemas extensos, en poemas que, en ocasiones, conforman libros, como "El parque pequeño", "Elegía en Covaleda" o "La hora undécima".

Por tanto afecto como me regaló, por tanto afecto como regaló a tantos, resulta muy dolorosa la cicatería de algunos ante una voz tan limpia, una de las obras más estimables de la poesía contemporánea, como es la de José García Nieto. Cuando el tiempo que, según nos recordó Muñoz Molina, Chaplin consideraba el mejor autor porque encuentra siempre el final adecuado, cuando ese gran rasero de vanidades que habrá de justipreciar los valores, hunda tanta creación poética de la mercadotecnia o de los clanes, entre lo que se salve del balance figurará la obra de García Nieto. En la para mí tan honrosa ocasión de ocupar esta Cátedra desde la que él, en el limbo de su enfermedad, no pudo hablar cuando recibió de manos de Su Majestad el Rey el merecido Premio Cervantes de 1996, he querido dedicarle mi especial recuerdo y homenaje entre demasiadas deformaciones y silencios. Pepe: allá donde estés con tu muerte a cuestas, habitando la edad de las respuestas, sé que te habrán alegrado mis palabras, aunque tú, que pasaste por la vida de puntillas, vencedor y, al tiempo, vencido, como todo ser cabal, y huiste de la autocomplacencia tanto como del bombo debido a los ajenos, nunca me hubieses perdonado dedicártelas en vida. No he podido consultarte, y eso me ha permitido jugar con ventaja. Con los muertos, salvo en el fabuloso caso de los espiritistas, no es posible dialogar.

La Facultad de Filosofía y Letras, en primer lugar, y la Junta de Gobierno de la Univesidad de Alcalá, en decisiva instancia, me han colocado en este trance principalmente, o así lo creo, por mi condición de poeta. He frecuentado otros géneros, pero si tuviera que decir en el que me encuentro más con mi sombra y mi luz diría que en la poesía. De modo que debo, aunque sólo sea por responder a tanto afecto, reflexionar sobre la poesía, sobre mi mirada a la poesía.

No creo en las poéticas. Evolucionan con la obra misma, y suponen una sucesión de abstracciones, juicios, prejuicios y probablemente máscaras. Teorizar sobre la poesía queda para los profesores y, en todo caso, para los poetas profesores, y si esa teoría se debe al propio autor, suele comportar una suerte de narcisismo y de autocontemplación complaciente. Recuerdo con el fervor que leí hace muchos años el magistral libro de Carlos Bousoño "Teoría de la expresión poética". Si no le admirase tanto como poeta, bastaría ese grueso e inteligente volumen para que mi admiración no tuviese límites. La poesía, en principio indefinible por sus muchas definiciones, es un conjuro de comunicación, de solidaridad, de complicidad, de entrega, donde tiene su papel esencial el destinatario, el lector. Aunque, bueno es confesarlo, el poeta escribe en principio para sí mismo, derramándose de sí mismo. La materia de la emoción poética es el lenguaje, la palabra, que se ama, según nos dejó dicho Cela, como a veces se

ama a una mujer, con frenesí, pasión e inconveniencia. Proust apuntó que la obra de arte es un amor desdichado que fatalmente presagia otros. El poeta lleva esa palabra hecha sugerencia, guiño, palmada desencadenante en las espaldas del alma, hasta el lector, que recibe el haz de espigas del poema desde su propia interpretación, desde su estado de templanza o, mejor, de destemplanza.

El lenguaje poético no es utilitario; se urde en función estética; es tanto expresión como comunicación. De alguna manera el proceso poético es mágico. Es una indagación de lo oscuro. El menester del creador es un sondeo de lo oscuro. Nada de esto es nuevo, pero es. Por ello pienso que, en buena medida, mi primera preocupación es el encuentro de la claridad, de la sencillez, desde esa enmarañada realidad que es la palabra poética. A veces la sencillez llega desde el supremo artificio. Cernuda daba luz: “La poesía fija a la belleza efímera”. Estas y otras muchas obviedades suelen figurar en las poéticas. Los poemas se justifican por sí mismos o no se justifican nunca. Los poemas deben hablar – o callar– por sus autores. Como autor pido a los dioses que mi poesía resulte natural con lo que puedo hacer y con lo que estoy viviendo. José Hierro declaró un día: “Lo que yo he escrito son fotografías de momentos de mi vida”, y Gerardo Diego: “El poeta es, al menos, el pequeño dios de su pequeño mundo”. ¿Para qué repetir lo sabido? Que un poema es señor y esclavo de uno al mismo tiempo. Ese misterio es un don mágico, como escribió aquel inolvidable niño grande que fue Claudio Rodríguez. Escribir y leer son actos encadenados. Están ahí. La fórmula resulta o no resulta, y eso solamente se sabe cuando se ha producido el fin último de la lectura. Que el lector lea y se emocione y se identifique –o no– con aquello que lee. ¿Para qué teorizar sobre algo tan sencillo o acaso tan complejo?.

Me preocupa sobre todo que mis poemas sean auténticos desde su concepción. Luego viene lo demás. Lo que se dice, y cómo se dice. Es, desde luego, un menester misterioso. Ángel González lo expresó bellamente. “Escribir un poema: marcar la piel del agua”. Luis Alberto de Cuenca, tan querido y siempre tan cercano, tomó prestado medio verso cuando tituló así –“La piel del agua”– una antología de mi obra que tuvo la amabilidad de preparar. Escribir un poema es escudriñar lo imposible. Acariciar la utopía. Siempre al límite.

La creación poética es una forma de conocimiento. Hay una realidad sobre la que el poeta indaga desde el lenguaje. El acto de su expresión supone la plenitud del conocimiento de esa realidad, o es deseable que esa plenitud se produzca. No creo ser el primero en pensar esto ni, obviamente, seré el último. No conozco lo que convierto en poesía hasta que el proceso concluye. Hierro lo expresó así: “El poeta, al comenzar un poema, no sabe cuál será su desarrollo y su fin. No *se sabe* el poema. Descubrirá lo que quería decir cuando haya terminado”. Luis Rosales definió al poeta como “un naufrago en tierra firme”.

Y es que la realidad se clarifica para el poeta. Puedo asegurar que en el género narrativo, tan distinto, tan distante, ocurre también así. Mi tan limitada experiencia como novelista me enseñó que la trama y los personajes se mueven a su capricho y se producen situaciones que el autor no controla, que van sorprendiéndole. No sería imprudente decir que una novela, al fin, se escribe a sí misma. Alguna vez me lo habían comentado Camilo José Cela y Elena Quiroga, pero hube de cerciorarme, como Santo Tomás, cuando metí el dedo en la llaga de mi hasta ahora única novela.

La emoción compartida, el sentimiento cómplice entre autor y lector, es un invisible cordel de la poesía. Es una magia. No todos son dados a alcanzarla, y acaso por ello la poesía llega, salvo ricas y tranquilizadoras excepciones, a un destinatario reducido. Recordemos aquello de que la poesía sólo la leen los poetas, “a la inmensa minoría”, “a la minoría siempre”, etcétera. No es del todo exacto, por fortuna, pero esa misma limitación no se expresa sobre la novela, por ejemplo, ni sobre otras manifestaciones del arte. Nunca se ha aventurado que la pintura sólo interese a los pintores, o la música sólo la gocen los músicos, o la escultura la disfruten en exclusiva los escultores. De la poesía, sí, y por algo será. No debemos hacernos, de momento, demasiadas ilusiones.

Una poética ha de ser una suerte de confesión. Yo confieso que no tengo nada especial que confesar. La confesión única crece en la poesía que uno hace. Busco, además de la naturalidad y de la claridad, como quedó dicho, la coherencia. Aquel unamuniano “piensa el sentimiento, siente el pensamiento” no me disgusta. “Todo en mi obra son fragmentos de una gran confesión”, que escribió, confesándose, Goethe.

Nunca he sabido por dónde iban las modas poéticas, y por ello no supe nunca –ni sé– si estaba –o estoy– de moda. Sin embargo, hace muchos años Pierre Cardin me dijo en París que “moda es lo que pasa de moda”. Acaso otra obviedad. Francisco Nieva, una de mis más sostenidas admiraciones, ha escrito: “Debiéramos tener bien en cuenta que nuestras razones y palabras van necesariamente pasando de moda a medida que las pronunciamos”. ¿Qué valor de permanencia debemos dar a ese estar poéticamente *en la moda*?

Prácticamente todos mis libros, que han tenido mayor o menor fortuna por esos mundos de críticos y lectores, son intimistas, aunque hay excepciones. Y quiero marcar, como con lágrimas de sangre, precisamente una de esas excepciones: “Cuaderno de Asia”, un libro de 1973 escrito al regreso de mi primera estancia en Vietnam, en la que mi lazarillo a distancia fue de lujo: Luis María Anson, experiencia no sólo periodística, en la que me sobrecogió tanto el desgarramiento bélico de un país como el enterramiento de lo autóctono a golpes de “coca-cola” y de dólares. Allí dejé nombres de los que no quiero acordarme y piezas del puzzle de la vida que ya nunca encajarán.

Creo en el compromiso poético con la realidad, con el lector y con el propio creador. Y en la coherencia de ese compromiso. Y en la autenticidad. Por eso desprecio la poesía escrita al mero viento de una especie de “prêt-à-porter”; poesía artificiosa, sucedánea, como de plastilina. ¿Qué es lo que se lleva y que es lo que no se lleva? No lo sé. En todo caso la poesía no debe alzarse al aire de ciertos bochornosos desfiles de modelos. La poesía es, para mí, verdad, aire limpio. Es razón de vida.

Antes me referí al por lo común reducido lector de la poesía, salvo raras excepciones, gozosas y gloriosas, que ha dado la historia de la literatura. Así el prodigio que supone el éxito, tan merecido, de “Cuaderno de Nueva York”, del enorme poeta que es José Hierro. Pero pienso que la poesía se mueve en el ámbito que debe, y a veces me pregunto si un día aquello de la “inmensa minoría” sucumbirá desde una realidad distinta de lo que entendemos hoy por poesía, a cambio del plato de lentejas de las mayorías. Me he preguntado si estamos caminando hacia una transformación del medio y vamos –regresamos– hacia un futuro de poesía oral. O a la poesía cibernética. ¿Resultará cierta aquella afirmación de Anaís Nin: “creo que la literatura tal como la hemos conocido va a morir”?. Y si se produjese esa muerte ¿qué resurrección puede esperarse?. Pero esta es harina de distinto costal, y ese costal no es de la ocasión.

Sería honesto ofrecer mi opinión sobre la poesía que se hace, o al menos cómo avizoro yo lo que ocurre en otros andamios. Y voy a hacerlo, aunque pueda resultar *poéticamente incorrecto*. No valoraré su fondo sino sus esquinas, sus aledaños, sus zaguanes.

Se hace buena poesía, muy estimable, pero a veces tiene que luchar contracorriente, sobre todo entre los más jóvenes, los que llegan con ilusión a unas trochas que mi generación recorrió hace décadas. Y a esto, que es un aspecto que debería preocupar a quienes amamos la poesía, habré de referirme brevemente. No hace mucho se reflexionaba aquí y allá sobre un supuesto canon en la novela, y la poesía no se libra del mismo acoso. Pero acontece que la novela es un género de gran público, de más lectores o, lo que no es igual, de más compradores de libros. Mueve poderosos intereses económicos y comerciales, y a menudo ese canon resulta más escandaloso. Por eso se hace más evidente que en la poesía. Ese canon silencia y aúpa. No es raro que uno pueda sentirse desorientado con algún reconocimiento mareante que resulta poco comprensible si atendemos a los valores poéticos reales. No es extraño que nombres repetidos hasta el ridículo asienten su fama en valores extraliterarios y sean apoyados por meros motivos de cercanía ideológica o editorial. A eso se une la realidad de poetas estimables condenados al silencio, sin antes haberse tomado sus anatemizadores la precaución de acercarse con objetividad a sus obras. A menudo se jalea *de oído* y se condena *de oído*. Todo esto tiene que ver con cierto “capillismo” que padece, en algunos ámbitos, la literatura. Además,

tampoco nos libramos de cierta pedantería crítica aderezada, a tiempos, de tizonazos o de almíbaros.

El canon, a estas alturas, ni se crea ni se destruye, solamente se transforma. Y se fortalece, entre el papanatismo de los unos y el *amén* medroso de los otros. Léanse ciertas antologías y nada sorprenderá. Hay nombres que se repiten siempre y nombres que no aparecen nunca, porque algunos antólogos buscan el nombre y no la obra. Es más cómodo, pues supone un blindaje, avenirse que abrir caminos. Como muestra valga un botón. Se ha publicado no hace mucho una antología de sonetos del siglo XX en la que figuramos un buen número de sonetistas, pero en la que también aparecen autores con poemas que no son sonetos ni desde un entendimiento experimental amplísimo. Pero esos poetas que acaso nunca escribieron un soneto, porque no les dió la real gana, tenían *necesariamente* que estar presentes en la antología porque así lo exigía el canon. Narciso Alonso Cortés hizo hablar así a un soneto, ofendido por tanta confusión:

“ Con mengua de mi fama y mi decoro,
hay quien toma –¡villano!– el nombre mío.
No es soneto quien viste otro atavío
aunque lo afirme así garrulo coro”.

Cosas así, entre otras picarescas literarias, suponen pequeñas trampas al lector y promueven su confusión. Confío en que la poesía continúe siendo, en su generalidad, minoritaria, porque si no lo fuera asistiríamos al misterioso fenómeno de que personajes o personajillos populares se convirtieran de pronto en poetas jaleados, en cuanto alguna editorial los considerase comercialmente rentables. Ya ha ocurrido en la novela. El mundo editorial llamado comercial, que padece una concentración preocupante, atiende a los libros vendidos no a los libros leídos, y su único fin es sanear su balance de resultados no nuestro espíritu. El hecho de asegurar que por Reyes, por el santo o el cumpleaños, regalemos un libro a la tía Enriqueta, lo lea o lo exhiba en su sala de estar, colma sus anhelos. Desde su punto de vista es lógico, pero no debemos dejar que nos den gato por liebre. Regalar unas buenas bolsas de monedas a un personaje popular por una novela plagiada no favorece a la literatura, pero llena páginas de periódicos y espacios de radio y de televisión, y si la obra no llega a venderse por el premio que un jurado *canónico* le ha otorgado, se vende por el escándalo posterior. Y aquí paz y después gloria.

Hablo de poesía, y no sé cómo afronté tal atrevimiento entre estos muros, rodeado por nombres que a poco que se piensen, que se ensueñen, erizan los cabellos y pueblan de encontradas emociones el ánimo más templado. Como si tal cosa, como las buenas nuevas que acaban disfrazadas de naturalidad cuando

se prodigan, nos encontramos en este Paraninfo donde toda sabiduría ha tenido habitación. La Universidad de Alcalá, Patrimonio de la Humanidad con el viejo núcleo urbano alcalaíno, como Ciudad Universitaria y Ciudad de la Lengua, nos trae a las sienes, con la fuerza emocional más intensa, la historia de un esfuerzo colectivo. Nada se regala. Un esfuerzo que nace de la propia historia de la Universidad, desde los remotos Estudios Generales, fundados por Sancho IV en 1293, a la Universidad cisneriana, creada en 1499 y que impartió sus primeras clases en 1508. Estas lejanas luces no deben llevarnos a olvidar las sombras. Una vez pude escribir del eclipse de Alcalá.

Esta ciudad, planificada ya desde un concepto de Universidad, fue declinandose, apagándose. En 1836 la Universidad se traslada a Madrid. Las desamortizaciones de Mendizábal cambian de manos buena parte de la propiedad alcalaína y los edificios universitarios se vacían y caen vencidos. De ese desasosiego ciudadano, que asiste incrédulo al apagón intelectual de Alcalá, surge en 1851 la Sociedad de Condueños, una experiencia singular, acaso irrepitable. Ciudadanos de todas las capas sociales, desde antiguos profesores a artesanos y comerciantes, se unen y van comprando mancomunadamente una buena parte de los históricos edificios universitarios, los conservan desocupados, los destinan a usos que los mantienen en pie, y confían en algo que entonces suponía no más que una ilusión: el retorno de la Universidad a su ciudad.

Los Condueños fueron visionarios. Pero el visionario no siempre es un extraviado; muchas veces resulta un precursor. Baroja denunció en el prólogo de "El mundo es así" que "España es un país realista en donde las gentes duermen demasiado y sueñan poco". A menudo las páginas menos tediosas de la Historia han respondido a geniales ensoñaciones. Un país con una crisis de imaginación, de sueños, es comúnmente un país sin nervio, sin afanes pródigos. Cisneros fue un soñador, pero un soñador capaz de hacer realidad sus sueños. Ese concepto suyo del Colegio-Universidad, del Convento-Universidad, del Seminario-Universidad, incluso del Hospital-Universidad, influyó en otras fundaciones universitarias de España, de Europa y, sobre todo, de América. Durante los siglos XVII y XVIII, y aún en el XIX, el modelo complutense fue asimilado y en lo esencial reproducido. La Universidad cisneriana, en cuyo corazón estamos, es la primera que responde al concepto de "ciudad universitaria" que habría de alcanzar tanta fuerza siglos después.

Desde la fértil realidad universitaria de Alcalá se alza su importancia como palanca del idioma castellano. Son los gramáticos y los retóricos complutenses quienes normalizan nuestra lengua, la fijan y la enriquecen. Brillan los nombres de Juan de Valdés, de Hervás y Panduro, de Nebrija, entre tantos otros, y surge, como feliz desembocadura, ese monumento de la iniciativa

personalísima de Cisneros, la “Biblia Políglota”, donde se alza el genial trabajo de Brocar. La visión del cardenal hace que lleguen a Alcalá los mejores maestros de su tiempo y, tras su fama, brillantes discípulos que habrían de convertirse un día en genios del pensamiento y de la pluma. Sobre estos muros, aquí los veis, se recogen los nombres de algunos de aquellos inmortales estudiantes. Casi marea su lectura.

Cisneros participa en la vertebración del nuevo Estado, en su diseño jurídico, en el asentamiento de su legitimidad, que no duda en defender con las armas cuando la siente peligrar. El hábil político que late bajo el hábito franciscano sabe que la Administración de un tan vasto imperio precisa dirigentes, hombres preparados para el Gobierno y la Iglesia. Y convoca en Alcalá a quienes, asimilando los saberes, habrían de convertirse en continuadores de su obra. Pronto la Universidad no es sólo el alma de la ciudad, sino también su cuerpo, de modo que núcleo ciudadano y tejido universitario se confunden. Cisneros, que duerme pero sueña, como siglos más tarde deseara Baroja para los españoles, aporta a Alcalá temperamento y decisión. Y humanidad. Cuenta López de Toro en su discurso de ingreso en la Academia de la Historia que, siendo identificado el carácter del cardenal con la atribución –nunca confirmada– de la célebre frase: “Estos son mis poderes”, resultan desconocidos otros aspectos más humanos de su personalidad como que “hacia cortesía a Antonio de Nebrija quitándose un poco el sombrero vedijudo que traía” y, como refiere Alvar Gómez, “siempre que el cardenal iba al Colegio, encaminaba por allí (por la casa de Nebrija) y estábanse un rato hablando con él en la calle”. Siglos después la fundación cisneriana se eclipsaría, como todos sabemos. Pero la simiente estaba sembrada.

Gregorio Marañón, esa cumbre de plurales sabidurías, dijo aquí, con ocasión del XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, en septiembre de 1956, unas palabras que leídas hoy producen cierto escalofrío. Son éstas: “Y renuevo mi sueño de que vuelva esta Universidad a ser foco de luz del pensamiento español. Cuando se iniciaba el proyecto de Ciudad Universitaria de Madrid, yo me atreví a decir a sus entusiastas y generosos gestores, entre ellos don Alfonso XIII, que esa gran obra, símbolo de una España que quería renacer, debía construirse en Alcalá de Henares, en torno del Colegio de San Ildefonso. Mi voz era y es insignificante, y no tenía por qué ser escuchada. Pero yo he guardado siempre la nostalgia –la nostalgia más aguda que es la de los deseos fervientes que no se realizarán– de que un día estos claustros venerables y los claustros nuevos, infundidos del lustre de esta gloriosa antigüedad, volvieran a poblarse con una multitud políglota, hecha de tradición y de modernidad, de la generosa hermandad con todos y para todos, sin la cual la ciencia no tiene, no ya posibilidades de perdurar, sino ni siquiera razón de ser”.

Murió don Gregorio sin ver hecho realidad su sueño. Pero él también fue un visionario que resultó precursor. En 1977, con una España que comenzaba a

cambiar de piel, vuelve la Universidad a Alcalá, y entonces se encuentra con el legado de aquellos otros visionarios geniales del siglo XIX, los Condueños. Desde entonces un esfuerzo colectivo, en el que ha tenido tanto que ver la intuición y el tesón de nuestro Rector Magnífico, el Profesor Gala, ha respondido, desde la modernidad lanzada en la esquina de los siglos XX y XXI, a la pértiga hincada en tierra hace cinco siglos por la intuición y el tesón de Cisneros.

Es esta vieja e ilustre Universidad,alzada en la tierra que vio nacer al primero de nuestros genios literarios, aquél que hizo morir, arrepentido y cuerdo, como Alonso Quijano el Bueno, al esforzado soñador don Quijote, pero nos enseñó para los siglos que es necio conformarnos con lo que tenemos; que soñar es vivir; que es posible cambiar el mundo, hacerlo más justo, más libre; que la rebeldía contra lo cómodo y lo útil es nada menos que la razón que va del corazón a la cabeza, y no al revés; que el universo será como queramos construirlo porque, al cabo, somos nuestro universo. La bendita enajenación de Don Quijote nos sigue redimiendo a todos cada día. Y ya nos dijo Erasmo, el gran presente, que “la locura es el origen de las hazañas de todos los héroes”.

Y es esta Universidad, con tanta sabia vida entre sus muros, la que me recibe como uno más de los suyos, en su Facultad de Filosofía y Letras. Y como la Historia guarda entre sus pliegues muy jugosas y, a veces, enrevesadas sorpresas, cuenta el académico de la Historia don Vicente de la Fuente, alumno y luego rector del Colegio de Málaga, en su obra “Historia de las Sociedades Secretas”, edición de 1874, que en 1818 existía en el Colegio de Málaga una logia masónica muy activa formada tanto por profesores de la Universidad como por oficiales del Colegio de Ingenieros, y allí llegó camino de la frontera francesa, maltrecho acaso de acometer molinos de viento, fugado de los calabozos de la Inquisición de Corte, el entonces teniente coronel Juan Van Halen, acogido por su íntimo amigo don Facundo Infante. Pasó el conspirador unos días en el Colegio de Málaga, hoy Facultad de Filosofía y Letras, reponiéndose de sus cuitas, y esta curiosidad histórica no deja de ser grata para mí en este día.

En el “Refranero Español”, que es la sabiduría del pueblo encuadrada, compilado por don Luis Martínez Kleiser, que se pasó la vida desgranando dichos, aparece un refrán pintiparado para esta ocasión: “No mires al don sino al dador”. No miro tanto la honra que me otorgáis, con hacerlo mucho, sino que miro sobre todo a quienes la habéis discernido en mi favor.

Hace unas semanas compré en un puestecillo de la aldea china de Ying-ke una teja plana de tosca cerámica. En sus ideogramas, según me dijeron, se leía: “La verdad del poema sólo puede buscarse en el corazón”. Esa ha sido y

es mi búsqueda. Desde esta mañana, en mi corazón, allá donde se arbola el verso, es decir: en el recinto de la verdad, habitará para siempre mi compromiso personal con este tan ilustre monumento a la sabiduría que es la Universidad de Alcalá, y en ella entro con emoción reverente, como entraría un cura de aldea en el Colegio Cardenalicio.